

vida romántica de Chopin

(“Nunca pude penetrar en el corazón de Chopin”.—Palabras de Jorge Sand.)

por andré MAUROIS

CUARTO día, un oficial a caballo se detuvo ante la casa y entregó a la señora Chopin una carta del Gobernador, el gran duque Constantino, hermano del Zar:

Su Alteza Imperial dignarase oír al joven Federico Chopin a las cuatro de la tarde en los salones de la princesa Lowicka.

El joven Federico Chopin no era tímido. Vistióse el traje de terciopelo, su hermoso cuello y, a dicha hora, se presentó en el castillo. El gran duque, que tenía un rostro terrible y gesticulador, después de observarlo, le preguntó en francés:

—¿Es usted el señor Chopin?

El señor Chopin hizo tres graciosas reverencias:

—Me llamo —dijo— Federico Chopin.

—Está bien, señor artista. Tóquenos algo.

Fritz tocó mazurcas de su composición; luego, una marcha militar. El gran duque, que era soldado, la escuchó con placer, marcando el ritmo con su bastón. Cuando el niño hubo terminado, el duro rostro habíase suavizado y el gran duque ordenó que la marcha fuera ejecutada por la banda de la Guardia. Pronto el pequeño Fritz pudo ver desfilar a los soldados al son de su marcha.

No era ese su único triunfo. Una gran cantante italiana, de paso por Varsovia, desvaneciase de emoción, escuchándolo. En la capilla de las Salesianas, músicos y chantres sentíanse tan asombrados por las variaciones que el joven Federico Chopin improvisaba al órgano, durante la misa, que olvidaba su propio papel y a menudo se veía aparecer, en la escalera de los órganos, al bedel furioso y estupefacto, que gritaba:

—¡Y bien, señores! ¿Qué hacéis?

Pero el éxito no inspiraba demasiado orgullo a Chopin. Con todo su genio, era un niño modesto y alegre. Su mayor placer consistía en pasearse por el campo y recoger allí, para hacerlas conocer más tarde al mundo entero, todas las músicas vivas y melancólicas que flotaban en el aire de Polonia. Ese pueblo músico cantaba todos los sucesos de su vida. Junto a un arroyo bordeado de álamos Fritz oyó tocar a un pastor, como en la Grecia antigua, con una flauta de sauce o de caña, melodías simples y dulces. Se demoraba junto a las ventanas de una taberna y escuchaba a los violines que, al son de mazurcas y valsés, hacían bailar a los aldeanos.

Muy burlón, gustaba observar los tipos originales y pintorescos de que

estaba llena Polonia: viejos señores caballeros, gruesos burgomaestres bien forrados, pastores alemanes de acento extranjero. Poseía un don de imitación tan asombroso como sus dotes musicales.

—¡Ah —decían sus camaradas— si Fritz quisiera, qué actor sería!

Con su hermana Emilia, menor que él, pero tan rubia, alegre, soñadora y espiritual como Federico, redactaba un periódico en el cual parodiaba irónicamente al Correo de Varsovia. Hé aquí algunas líneas:

NOTICIAS DEL PAIS: Ayer, durante la noche, habiéndose deslizado el gato en el guardarropa, rompió una botella de jarabe; pero sí, por una parte, a causa de ese crimen, merece un castigo, por la otra, es digno de elogios por haber roto solamente la más pequeña de las botellas. El 12, la gallina se puso a cojear; el pato perdió una pata en un duelo con el ganso, y la vaca estuvo tan enferma que tuvo que pastar en el jardín... El 11, el señor Federico Chopin corrió, montado en un fogoso caballo, casi con tanta rapidez como la señorita Luisa, que iba a pie...

También con Emilia preparaba y jugaba a las charadas, en francés y polaco. El hermano y la hermana compusieron, incluso, toda una comedia en cuatro actos, que firmaron: Federico y Emilia Pichón, y que fué representada por ellos el día de San Nicolás, fiesta del padre. Federico encarnó al burgomaestre Granviente. Emilia, a la linda hija del Burgomaestre que quería casarse con un joven pobre a quien su padre rechazaba. Tenían mucho talento, y los criados, como los padres, adorábanlo con entusiasmo. Ambos eran tan pálidos y frágiles, que uno no podía evitar sentirse un poco asustado

puestas, encantadoras pero imperfectas, dos preciosas enseñanzas que hay que ser exigente con uno mismo y que cualquiera sea el talento que se posea nada puede hacerse sin paciencia y trabajo.

Gracias a las lecciones de Elsné Chopin pudo terminar su primera obra seria. Era un Rondó. Un rondó es el primer movimiento de una sonata, pero el joven compositor todavía no estaba bastante seguro de sí mismo como para escribir una sonata íntegra. Tampoco tenía entonces mucha emoción cuando tocaba en un concierto. Esto le había sucedido demasiado a menudo. En Varsovia no había fiesta ni ceremonia en las que el joven Chopin no figurase, al piano o al órgano. Pero ser editado, pensar que otros descifrarían su música, fué un placer nuevo y delicioso.

Tenía prisa por escribir nuevas obras. Tantas melodías cantaban en su interior, que se levantaba de noche para anotarlas. Su padre le había destinado una buhardilla, con un viejo piano, de manera que trabajaba sin cesar. Por ello tenía mal aspecto y sus padres sentíanse muy intranquilos, porque su hermana Emilia, que se le parecía tanto, había caído gravemente enferma del pecho. Al año siguiente, la linda niña murió, a los catorce años de edad, cantando en sus horas de fiebre las melodías que le enseñara su hermano.

Ese fallecimiento espantó tanto a los padres de Federico, que lo enviaron al campo, al castillo de un gran señor polaco, el príncipe Radziwill, que era músico y admiraba mucho a Chopin. Allí vió por primera vez la vida brillante de la nobleza polaca. Amó esos bailes, únicos en el mundo, en que centenares de hermosas mujeres de rostros angelicales, de hombros desnudos, con relucien-



tímido. Vistióse el traje de terciopelo, su hermoso cuello y, a dicha hora, se presentó en el castillo. El gran duque, que tenía un rostro terrible y gesticulador, después de observarlo, le preguntó en francés:

—¿Es usted el señor Chopin?

El señor Chopin hizo tres gracias reverenciales:

—Me llamo —dijo— Federico Chopin.

—Está bien, señor artista. Tóquenos algo.

Fritz tocó mazurcas de su composición; luego, una marcha militar. El gran duque, que era soldado, la escuchó con placer, marcando el ritmo con su bastón. Cuando el niño hubo terminado, el duro rostro habíase suavizado y el gran duque ordenó que la marcha fuera ejecutada por la banda de la Guardia. Pronto el pequeño Fritz pudo ver desfilar a los soldados al son de su marcha.

del furioso y estupefacto, que gritaba:

—¡Y bien, señores! ¿Qué hacéis?

Pero el éxito no inspiraba demasiado orgullo a Chopin. Con todo su genio, era un niño modesto y alegre. Su mayor placer consistía en pasearse por el campo y recoger allí, para hacerlas conocer más tarde al mundo entero, todas las músicas vivas y melancólicas que flotaban en el aire de Polonia. Ese pueblo músico cantaba todos los sucesos de su vida. Junto a un arroyo bordeado de álamos Fritz oyó tocar a un pastor, como en la Grecia antigua, con una flauta de sauce o de caña, melodías simples y dulces. Se demoraba junto a las ventanas de una taberna y escuchaba a los violines que, al son de mazurcas y valsés, hacían bailar a los aldeanos.

Muy burlón, gustaba observar los tipos originales y pintorescos de que

dora, e inspirado como Federico, redactaba un periódico en el cual parodiaba irónicamente al Correo de Varsovia. Hé aquí algunas líneas:

NOTICIAS DEL PAIS: Ayer, durante la noche, habiéndose deslizado el gato en el guardarropa, rompió una botella de jarabe; pero sí, por una parte, a causa de ese crimen, merece un castigo, por la otra, es digno de elogios por haber roto solamente la más pequeña de las botellas. El 12, la gallina se puso a coquear; el pato perdió una pata en un duelo con el ganso, y la vaca estuvo tan enferma que tuvo que pastar en el jardín... El 11, el señor Federico Chopin corrió, montado en un fogoso caballo, casi con tanta rapidez como la señorita Luisa, que iba a pie...

También con Emilia preparaba y jugaba a las charadas, en francés y polaco. El hermano y la hermana compusieron, incluso, toda una comedia en cuatro actos, que firmaron: Federico y Emilia Pichón, y que fué representada por ellos el día de San Nicolás, fiesta del padre. Federico encarnó al burgomaestre Granviente. Emilia, a la linda hija del Burgomaestre que quería casarse con un joven pobre a quien su padre rechazaba. Tenían mucho talento, y los criados, como los padres, adorábanlo con entusiasmo. Ambos eran tan pálidos y frágiles, que uno no podía evitar sentirse un poco asustado viéndolos derrochar tantas fuerzas; pero su alegría tranquilizaba.

EN 1824, Federico ingreso en el Liceo de Varsovia para cursar estudios clásicos, y al mismo tiempo su padre lo confió al director del Conservatorio. Elsner, quien debía enseñarle armonía. José Elsner tuvo la habilidad de comprender que su nuevo discípulo era un maestro. Cuando redactó en el Conservatorio la lista de clasificación de los estudiantes, escribió: "**CHOPIN (Federico): Asombrosa capacidad. Genio musical.**"

No obstante, supo dar a Chopin, quien con su talento de improvisador habría podido contentarse con obras demasiado rápidamente com-

si mismo como para escribir una sonata íntegra. Tampoco tenía entonces mucha emoción cuando tocaba en un concierto. Esto le había sucedido demasiado a menudo. En Varsovia no había fiesta ni ceremonia en las que el joven Chopin no figurase, al piano o al órgano. Pero ser editado, pensar que otros descifrarían su música, fué un placer nuevo y delicioso.

Tenía prisa por escribir nuevas obras. Tantas melodías cantaban en su interior, que se levantaba de noche para anotarlas. Su padre le había destinado una buhardilla, con un viejo piano, de manera que trabajaba sin cesar. Por ello tenía mal aspecto y sus padres sentíanse muy intranquilos, porque su hermana Emilia, que se le parecía tanto, había caído gravemente enferma del pecho. Al año siguiente, la linda niña murió, a los catorce años de edad, cantando en sus horas de fiebre las melodías que le enseñara su hermano.

Ese fallecimiento espantó tanto a los padres de Federico, que lo enviaron al campo, al castillo de un gran señor polaco, el príncipe Radziwill, que era músico y admiraba mucho a Chopin. Allí vió por primera vez la vida brillante de la nobleza polaca. Amó esos bailes, únicos en el mundo, en que centenares de hermosas mujeres de rostros angelicales, de hombros desnudos, con relucientes alhajas, y gentilhombres con trajes de color y cuellos de piel, bailaban "Polonesas".

La Polonesa es a la vez una danza y un desfile. El dueño de casa invitaba a la dama más importante de la reunión, la tomaba de la mano y la conducía a través de los salones, en tanto que, detrás de ellos, otras parejas se formaban. Sobre ese tema de la Polonesa, Chopin iba a componer más tarde sublimes cantos, por los que pasaría toda la grandeza, todo el valor y toda la belleza que imperan en la dulce tierra de Polonia.

